

LECTURA: FERNANDO SAVATER, CRIATURAS DEL AIRE

Monólogo vigésimo sexto
Habla El hombre invisible

He venido a buscarte, querida. No enciendas la luz, por favor: no te ayudaría en nada para localizarme y a mí ha llegado a serme dolorosa. Mis ojos sin párpados se anegan en clara lumbre cuando... No enciendas. ¿Qué podrías ver de mí? He suprimido las ropas que utilicé durante cierto tiempo, al principio, para dotarme de esa imagen de la que carezco: el pesado abrigo, el sombrero, los guantes, las gafas oscuras y aquellas vendas que atrapaban mi perfil huido. Ya no quiero deslindarme, ni superponerme a lo que me rodea, ni orientar en modo alguno los ojos impotentes que me buscan por la dimensión que he desertado. Ni siquiera para ti volveré a disfrazarme, acéptame desnudo, por favor, renuncia al consuelo cansado de mi rostro familiar. Pero no me olvides. Estoy aquí, muy cerca, oyéndote respirar con sobresalto mientras hablo. Nunca te faltaré, amor mio. Tampoco volveré a serte gravoso. De vez en cuando, durante días enteros o quizá meses, guardaré silencio y podrás despreocuparte por completo de mí. Será como si me hubiese ido, ya lo verás... ¡Oh, perdona que me ría, pero eso de "ya lo verás" tiene su gracia, no me lo niegues! Las expresiones sobreviven a la aptitud de su uso. A lo que iba: voy a serte muy cómodo. No volverás a experimentar el fastidio de una presencia demasiado patente, los rasgos mil veces vistos en los que el enfado o la pena son muecas sin sorpresa, las manos que se cruzan siempre de modo idéntico o reconviene con gesto invariable. Y tampoco observarás ya los progresos de la decadencia que arruga, blanquea, disminuye, despuebla, encorva, hace temblar... No será necesario que te esfuerces por interpretar lo que pienso, como antes cuando me veías con aire ausente; ni habrá más mudos reproches, súplicas mudas, mudas protestas. Me oirás reír y no me verás llorar: por fin seré ese hombre que siempre has deseado...

No solo es mi físico lo que mejorará, al borrarse: también espero hacer progresos morales. Creo que la arrogante exigencia de que nos vean vivir es el vicio capital en nuestra relación con los demás; nos impide contemplar la vida de los otros o convierte tal ejercicio en desasosegada comparación, en búsqueda de refrendo o infidelidad, en prevención de las ofensas de lesa espectáculo contra nuestra propia exhibición. Ser vistos es lo que nos impide ver: lo que vemos sólo cuenta para nosotros por relación a lo que mostramos. El amor no sólo no resuelve esta situación, sino que la empeora. El amante es un espectador de primera fila que debe asistir forzosamente a la representación ininterrumpida de nuestra vida, interpretada para él con azorado entusiasmo. Y ¡ay de nosotros, ay de él, si descubrimos bostezos mal disimulados y aplausos poco convincentes en los momentos álgidos de la función! Cierto, no perdemos detalle del comportamiento de nuestro amor pero no por interés en él mismo, sino porque es la única forma de confirmar la atención que nos presta: vigilamos su vigencia. ¿Cómo evitar que tal pugna de exigencias contrapuestas, aunque diabólicamente complementarias, acabe en extenuamiento o locura? Bien sabes que lo he intentado todo para no obligarte a padecer ni tener que vivir, perpetuamente atribulado por tu causa. Ahora pienso que por fin estoy en el buen camino. Uno de los dos debía deponer su pantomima y me parece justo ser yo quien la abandone, pues es notorio que a ti te agradaba cada vez menos y a mí tampoco me parecía nada más que mediocre. Por eso inicié estos experimentos casi mágicos de antievidencia, cuyos primeros resultados, lo confieso, me aterraron hasta un punto inconcebible. ¡Qué patéticamente intenso es nuestro deseo de ser contemplados, de no ceder imagen irrevocablemente! Porque en seguida me di cuenta de que iniciaba una travesía de la que no hay retorno posible: nadie volverá a verme, nunca, salvo quizá cuando la muerte me devuelva al escenario por última vez para ser objeto de breve y desolada curiosidad. O también pudiera ser que ni siquiera en ese trance postrero recuperase la visibilidad, lo

que restaría patetismo a mi desaparición definitiva e incluso me haría un poco inmortal... Lo único que debo hacer es procurarme un rinconcito discreto y alejado para mi agonía, pues nada me disgustaría tanto como ser delatado luego por el olor. Pero perdóname, amor mío: sin duda te estoy fastidiando o entristeciendo con estas fúnebres conjeturas.

Ahora podré dedicarme sin cesar a contemplarte. Seré tu testigo incansable y por fin veré todo lo que de tu vida desconozco, las mil cosas que antes se me escaparon por mi obsesión de hacerme notar. ¡Qué infinito alivio despreocuparme para siempre de la mejor forma de presentarme ante ti! Sólo aspiro a ser tu acechador. Pero tranquilízate, vida mía, no creas que mi constante espionaje tendrá algún motivo de censura o venganza. No deseo modificar en nada tus costumbres ni coartar mínimamente tu libertad. Es precisamente tu libertad lo que quiero observar... ¿cómo serás, una vez libre? Comprendo que con mi desaparición del ámbito de lo visible he perdido muchos derechos que quizá tuve y renuncié alborozadamente a ellos. He sido demasiado celoso pero, compréndeme, es que no te veía. Sería absurdo conservar mis celos ahora que me dispongo a verte sin tregua. Vive tu vida, por favor: sólo quiero asistir al espectáculo de tu vida. Como ya nada pasará a mis espaldas, podrás hacer absolutamente todo lo que desees y yo me regocijaré con el menor de tus gestos. No se ofende a un invisible; quien no tiene imagen, no puede ser traicionado. ¡Qué fácil me parece ahora todo! Podría haberme ahorrado tantos sufrimientos borrándome antes y también habértelos ahorrado a ti... Pero ya sólo el futuro cuenta. Debemos empezar nuestra nueva complicidad, tú dejándote ver y yo mirando.

Y quizá por las noches me acerque a ti, como ahora. Raras veces, te lo juro, muy, muy raras veces. Tú no debes encender la luz en esas ocasiones. Sería grotesco, ¿no? Me arrodillaré en silencio al lado de tu cama y tiraré un poco de la sábana, para llamar tu atención. Así. Y entonces, si quieres, si te parece, para complacerte a ti misma complaciéndome, me acariciarás el rostro desvanecido con tus manos y sabrás que, a pesar de todo, sigo siendo yo. Quizá te guste recordar con los dedos a qué sabía mi perfil... El juego no se prolongará, te lo prometo; quizá ni siquiera llegue a producirse jamás, salvo hoy. Y hoy no cuenta, amor mío, porque hoy tengo que comprobar si has entendido bien en qué ha de consistir nuestra nueva vida. No enciendas la luz, por favor. Sobre todo, no enciendas la luz.